

La historia ambiental de la Ciudad de Buenos Aires en la literatura

Antonio Elio Brailovsky

Prof. Titular regular, Universidades de Buenos Aires y Belgrano

RESUMEN: El trabajo destaca algunos ejemplos del modo en que diversas obras literarias testimonian situaciones de la historia ecológica de la Ciudad de Buenos Aires. Su objetivo es mostrar la utilidad de la literatura como herramienta de la historia ambiental.

The paper highlights some examples of how various literary works testify situations ecological history of the City of Buenos Aires. Its aim is to show the usefulness of literature as a tool of environmental history

PALABRAS CLAVE: Historia ecológica, historia ambiental, Ciudad de Buenos Aires

El ambiente es, antes que nada, una faceta de la cultura. Los pueblos construyen su ambiente de acuerdo con su trama de pautas culturales e intereses. El ambiente no puede comprenderse si no lo consideramos como una construcción social. Y cuando creíamos estar más cerca de integrar las distintas variantes de la ciencia, nos dimos cuenta de que la creación literaria es una forma de conocimiento que tampoco puede ser omitida. Así como existen prejuicios que dificultan la articulación de las ciencias llamadas naturales con las llamadas sociales también los hay (y tal vez mucho más fuertes) para integrar el conocimiento racional con el conocimiento artístico y literario.

Hace varias décadas, Félix Luna planteó la consigna de que “todo es historia” y lo sostuvo durante varias décadas en la revista del mismo nombre. No es sólo una frase atractiva, sino una concepción de que la historia no se agota en la búsqueda de documentos inéditos sino que contempla la recreación del pasado por todos los medios idóneos disponibles. Hemos visto trabajos de historiadores en los cuales casi pedían disculpas por utilizar fuentes periodísticas en vez de documentos originales con la firma de grandes personajes. Y con frecuencia, los aspectos más relevantes de sus investigaciones estaban en esos recortes que había sido leídos en su momento por miles de personas, en vez de lo que decían algunos papeles que habían permanecido ocultos y cuyo único mérito era su carácter de inéditos.

El arte y la ciencia, la expresión racional y la expresión sensible, son dos facetas de la experiencia humana. Seríamos incompletos si nos quedáramos con una sola de ellas.

La literatura no sólo nos da datos. Nos da la vivencia que tenían de un ambiente quienes lo habitaron o quienes, en otro momento histórico, lo imaginaron. En última instancia, los datos vacíos son inútiles, si no nos permiten reconstruir la vida de las personas.

ÁLVARO ABÓS: EL ENIGMA DE BUENOS AIRES

Al respecto, dice Álvaro Abós: “Llamo el enigma de Buenos Aires al hecho de que una ciudad plana, sin ningún mirador natural, construida como un aburrido damero sobre un valle infinito y frente a un río infinito, con un clima benigno pero sometida a tormentas, tórridos veranos, pegajosas humedades (“Horribles Aires”, la llamaba Julio Cortázar, que la amó), sin la prosapia, no digamos ya de una ciudad europea fundada cinco o diez siglos antes, sino de urbes precoloniales como Lima, México o Guatemala, una ciudad que durante dos o tres siglos fue poco más que un amarradero fluvial o un mero centro burocrático, una ciudad así, decía, hubiera conseguido tener una edad de oro y fundar un abolengo cultural urbano de proyección universal, adquirir un perfil que la distingue entre otras ciudades del mundo, al punto de que André Malraux la definiera como una “capital de un imperio que nunca existió”,

y hacer que su nombre resulte inconfundible entre la oferta que entregan tantas ciudades como hay en el mundo. ¿Cómo consiguió Buenos Aires, en suma, pasar del caserío al mito urbano?"¹.

EL MEDIO NATURAL: ¿DÓNDE ESTÁ BUENOS AIRES?

*Primogénita ilustre del Plata,
en solar apertura hacia el Este.
Donde atado a tu cinta celeste
va el gran río color de león.*

Leopoldo Lugones

La ubicación de Buenos Aires corresponde a una singularidad geográfica, que cumple con los requisitos necesarios para fundar una ciudad en el siglo XVI. En efecto, debería sorprendernos que tanto Pedro de Mendoza (en 1536) como Juan de Garay (en 1580) hayan elegido el mismo lugar (con apenas un kilómetro de diferencia) para localizar sus respectivos asentamientos, teniendo una costa tan dilatada como lo es la del Río de la Plata.

Sin embargo, se trata del único punto de esa costa que combina un puerto natural, el Riachuelo, con una barranca elevada, libre de crecidas. Ubicar la ciudad en lo alto de la barranca la protegía de las inundaciones, pero permitía tener suficientemente cerca la provisión de agua.

Pero esa barranca tiene 300 kilómetros de largo, ya que se inicia en la desembocadura del Carcarañá. El que hubiera un Riachuelo junto a la barranca proporcionaba una adecuada protección a los frágiles barcos de madera de la época ante las tormentas. La limitación estaba dada por el tamaño de los barcos, ya que el calado del Riachuelo no permitía el ingreso de las mayores embarcaciones. Los textos históricos lo mencionan como "un sitio que por tener más fondo ancoran allí y con buenas amarras están seguros, y luego, hinchando la mar entran en un Riachuelo tan angosto que en su ancho sólo caben dos navíos"². (Es decir, en marea alta o sudestada)

Ruy Díaz de Guzmán escribía que el Riachuelo era tan acomodado y seguro que "metido dentro de él los navíos no siendo muy grandes pueden estar sin amarrar con toda seguridad como si estuvieran en una caja"³. Por eso lo califica de regalo de la Divina Providencia, calificativo que no compartiríamos en la actualidad. En 1590 Hernando de Montalvo refería que Buenos Aires "tiene muy buen puerto, que es un Riachuelo y dentro de él tiene cuatro y cinco brazas de fondo"⁴.

¿Había un lugar mejor? Desde el punto de vista náutico, sin duda: el puerto de Ensenada, junto a La Plata, admite un calado mucho mayor. Sin embargo, está rodeado de una zona baja. Con una prioridad de índole militar, se necesitaba una panorámica elevada sobre el río, aún al precio de no tener un puerto adecuado y que los buques mayores quedaran fondeados sin ninguna protección ante las tormentas.

PALABRAS Y ESCULTURAS SOBRE EL RÍO DE LA PLATA

Américo Vespucio llamó Jordán al Río de la Plata. Después de la fallida expedición de Solís se lo llamó durante un tiempo Río de Solís. Y fue Caboto el que le puso su nombre actual. En cambio, le debemos a Martín del Barco Centenera (uno de nuestros peores poetas), el haber comenzado a utilizar el nombre actual de nuestro país. Para Centenera, la palabra argentino definía a los distintos territorios que integran la Cuenca del Plata. En latín, "argentino" significa "de plata" o "plateado". El que un componente tan fuerte de nuestra identidad colectiva proceda de la mala literatura es sólo otra de las paradojas de la vida. Dice Centenera:

"El río que llamamos Argentino,

*del indio Paraná o mar llamado,
de norte a sur corriendo su camino
en nuestro mar del norte entra hinchado.*

*Parece en su corriente un torbellino,
o tiro de arcabuz apresurado.
Mas con el viento sur plácidamente
se vence navegando su corriente.*

*De nuestro río argentino y su grandeza,
tratar quiero en el canto venidero,
de sus islas, bosques y belleza,
epilogo haré muy verdadero.*

*Ninguno en leerlo tenga pereza,
que espero dar en él placer entero,
de cosas apacibles y gradosas,
y dignas de tenerse por curiosas⁵.*

En 1651, Gian Lorenzo Bernini esculpió en la Piazza Navona de Roma su “Fuente de los Cuatro Ríos”. Allí representa figuras alegóricas de los cursos de agua más importantes de cada continente, a imitación de las figuras romanas que muestran a los dioses de los cursos de agua. El Río de la Plata es un gigante africano encadenado, sentado encima de unas piedras que contrastan con sus costas barrosas. Está junto a unas monedas que simbolizan el nombre argentino del río. Su fauna y vegetación están representadas por un cactus y un cocodrilo.

JUAN JOSÉ SAER ADVIERTE LA ESCASA LITERATURA ARGENTINA SOBRE NUESTROS RÍOS

Juan José Saer menciona la ausencia del agua en nuestra literatura, y lamenta la “escasa huella de estos grandes ríos en la imaginación popular en relación con la omnipresencia de la pampa”. Agrega que “los mejores textos sobre el Paraná, el Uruguay y el Río de la Plata fueron escritos por extranjeros”⁶, lo que nos agrega una nueva faceta sobre la relación entre la ciudad y el río. Nada es casual: la escasez de un imaginario literario sobre el río refleja las actitudes sociales sobre ese ambiente. Lo que hacemos con el río como sociedad y lo que escribimos sobre él están íntimamente relacionados.

EL JESUITA CATTÁNEO Y MUJICA LÁINEZ HABLAN DEL PAMPERO

El “color de león” acuñado por Lugones es su aspecto característico. Existen, sin embargo, fenómenos naturales que pueden cambiarle el color, como las floraciones de cianobacterias (algas azules). Algunas de estas especies son tóxicas y proliferan en condiciones de escasez de oxígeno, lo que puede deberse a contaminación o a una combinación de calor con una bajante significativa del nivel del agua, por viento norte o por sequía. En noviembre de 1758 “se empezó a notar toda el agua de este río con un verdín grasiento que cogido y refregado entre los dedos se conocía su oleosidad y alcanzaba tan adentro que aún entrando a caballo no se alcanzaba agua sin él”⁷.

Dice el jesuita Cattáneo que “se alzó un pampero fierísimo, que viene a ser casi un poniente pero lo llaman pampero porque pasa por una llanura desmesurada, de novecientas o más millas, que se extiende hasta los altísimos Montes de la Cordillera que dividen a Chile de la Magallánica y del Tucumán, y esta llanura o desierto se llama las pampas”.

“Por esto no encontrando el dicho pampero en tan largo trecho de país ni árboles ni edificios que lo repriman, toma cada vez más fuerza, y encanalándose después directamente en este vastísimo Río de la Plata, sopla con una furia indecible, de tal manera que es preciso que las naves se aseguren con cuatro anclas, dos de las cuales además de la gruesa cuerda son reforzadas con cadenas de hierro”.⁸

La expresión popular “*norte duro, pampero seguro*” remite a este tipo de fenómenos del Río de la Plata, conocidos desde los primeros viajes a la región. Un diccionario marítimo español del siglo XIX la explica diciendo que es un “refrán con que en el Río de la Plata se significa que la mucha fuerza de aquél viento es anuncio seguro de este temporal”⁹.

Manuel Mujica Láinez describe el asombro y el temor que causan en los porteños este tipo de fenómenos en su cuento “*El pastor del río*”, ambientado en el año 1792¹⁰.

”Es loco el pampero, pero no se le conoce locura como la de ayer. A las oraciones, su furia arrastró al río hasta las balizas. Durante la noche, no paró de correr y silbar. Las gentes de Buenos Aires durmieron apenas. Hoy, miércoles 30 de mayo, Buenos Aires se asombró desde el amanecer porque allí donde el río extendía siempre su espejo limoso, el río ya no está. El barro se ensancha hasta perderse de vista. Sólo en los bajíos ha quedado el reflejo del agua prisionera. Lo demás es un enorme lodazal en el que emergen los bancos. A la distancia serpentea el canal del Paraná, donde se halló el antiguo amarradero de las naves de España, y luego la planicie pantanosa se prolonga hasta el canal del Uruguay y de allí hacia Montevideo. Nadie recuerda fenómeno semejante. Los muchachos aprovechan para ir a pie hasta el próximo banco de arena. Unas pocas mujeres llegaron a él, a pesar del viento, y anduvieron paseando con unos grandes velos que las ráfagas les trenzaban sobre las cabezas, de modo que parecían unos títeres suspendidos del aire. Se dice que algunos fueron a caballo a la Colonia, vadeando los canales. En el fango surgieron unas anclas viejísimas, herrumbrosas, como huesos de cetáceos, y el casco de un navío francés que se quemó el otro siglo. Hay doquier lanchas tumbadas y, como es justo, ni un pez, ni un solo pez. Los pescadores, furiosos, discuten con las lavanderas, en las toscas resbaladizas. Hoy no se pescará ni se lavará”

JOSÉ ANTONIO WILDE Y UNA MONTONERA NÁUTICA

Dice José Antonio Wilde a fines del siglo XIX que: “*Bajantes han habido en que personas a caballo y aun a pie, han penetrado por la arena o playa hasta más de una legua. Otras veces las crecientes han sido alarmantes y aun destructoras. En julio de 1810 faltó poco para ser capturada por los patriotas la fragata española Mercurio, que bloqueaba nuestro puerto, debido a una bajante. Se inició un pampero tan continuado y violento, que en las primeras 48 horas era un verdadero huracán, aumentando por momentos la fuerza del viento. La bajante fue tan grande en esta ocasión, que al día siguiente se veían venir caminando por la playa tripulantes de buques que se encontraban en la rada exterior*”¹¹.

Durante las Invasiones Inglesas, Güemes comandó una montonera de gauchos que capturaron una fragata inglesa varada frente a Buenos Aires, y que, como quedó en seco, había sido apuntalada para evitarle daños mayores. “*Pueyrredón al ser advertido de ello pidió permiso a Liniers y luego de su autorización destacó un piquete en el que se contaba el joven salteño Martín Miguel, ayudante del jefe citado, que a caballo abordó el buque tomando prisioneros a los tripulantes*”¹². Suponemos que los episodios en los cuales una carga de caballería defina una batalla naval son escasos en la historia de la humanidad. El que esto haya sido posible nos dice mucho sobre las características del Río de la Plata. Y también sobre nuestra propia cultura, más volcada a la tierra que al agua. Tal vez esto nos ayude a reflexionar por qué nuestra sociedad no consideró un problema haber construido un puerto que nos tapara las visuales del río.

LA LLANURA EN LA CULTURA

Buenos Aires está en una llanura de origen sedimentario, que se apoya sobre un basamento rocoso. Esas rocas tienen un origen volcánico y están a unos trescientos metros de

profundidad. Es decir, que no nos interesan las rocas, que están demasiado lejos, sino lo que está sobre ellas.

Esos sedimentos son de naturaleza diversa: algunos son gruesos (arenas) y otros más finos (arcillas y limos). Han llegado hasta nosotros arrastrados por diferentes vías: los más pesados por el mar, ya que la llanura pampeana fue ocupada por el mar durante períodos geológicos anteriores.

Y los sedimentos más finos, por su parte, los trajo el viento, debido a procesos erosivos en los que intervino, especialmente en la zona precordillerana.

De manera que Buenos Aires está formada, literalmente, por fragmentos provenientes de todo el país. Curiosamente, el proceso social reproducirá más tarde los mismos rasgos del proceso geológico.

Con frecuencia, los españoles utilizaron palabras indígenas para designar aquello que no conocían. En este caso se utilizó el término quechua “pampa”, que significa “espacio sin límite”, y el tamaño de la región pampeana tuvo un peso importante en la creación de los imaginarios sobre el país. La idea de que el medio natural influye sobre las características de un pueblo ha tenido un peso importante en nuestra evolución. Desarrollada por Montesquieu, fue el soporte ideológico de distintas miradas sobre Buenos Aires y los porteños.

Para Alcides D’Orbigny, la complejidad de un paisaje genera mitologías complejas. “En Buenos Aires, los habitantes aprecian poco las bellas artes. La naturaleza del país es grandiosa, pero nada tiene de pintoresco, ni exalta el pensamiento. Nada de bosques para las dríadas y los faunos, sólo hay aguas estancadas salobres y fétidas para las náyades. Nada de imperio para Flora. ¿Qué divinidad habrían colocado los griegos en el vasto desierto de las pampas? Su fecunda imaginación habría, sin duda, sentado al genio de la Soledad, como Camoëns puso en el Cabo de Buena Esperanza al de las Tempestades; pero los pobladores no ven más que pastos y cardos y los indios su gualichu o genio del mal”¹³.

Por supuesto que se trata de un prejuicio. Los vastos desiertos (incluyendo la pampa) generan mitologías tan complejas como la griega. La cueva en la que Ulises pasó largas temporadas de amor en brazos de la ninfa Calypso es un simple agujero en el duro suelo de Gozo, una isleta del archipiélago Maltés, sin ningún atractivo¹⁴. Recíprocamente, el mito helenístico de la náyade Aretusa, convertida en fuente por un conflicto amoroso con un río, remite a un insignificante accidente geográfico de Sicilia, mucho menos atractivo paisajísticamente que cualquier laguna pampeana. Los mitos se crean en la mente de los hombres, no en los accidentes geográficos.

Sin embargo, nos interesa esta concepción, porque nos ayuda a comprender por qué, cuando varias décadas más tarde la Generación del 80 se proponga europeizar el país, no se conformará con cambiar la arquitectura y el urbanismo. Además, tratará de europeizar nuestro medio natural, introduciendo especies animales y vegetales. No se trataba de mejorar estéticamente el paisaje sino de modificar el medio natural local por su influencia sobre el alma de los hombres.

Garibaldi contrastó los espacios pampeanos con los paisajes domesticados de Italia y se identificó con esa llanura sin límites. “Ante la naturaleza feroz de la pampa, símbolo de libertad e independencia (Giuseppe) Garibaldi se sintió sobrecogido por una emoción intensa”¹⁵. Destacamos que para D’Orbigny los porteños son habitantes de la pampa. Un poco después, Sarmiento sacará a los porteños de la pampa para decir que la ciudad genera una realidad propia, la civilización, que se opone a la barbarie pampeana, que viene determinada por la naturaleza.

“Buenos Aires –dice Sarmiento- está llamada a ser un día la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia Americana, si el espíritu de la Pampa no hubiese soplado sobre ella, y si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarla siempre. (...) La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires. (...) Los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo: la Pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias¹⁶.”

Y agrega Sarmiento, con una visión exactamente opuesta a la de Garibaldi: “Muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad”.

De este modo, Sarmiento inaugura la concepción que separa culturalmente a Buenos Aires de la pampa. A partir de allí, será más sencillo negar que Buenos Aires se apoya sobre un medio natural y que ese medio natural la condiciona.

Desde otro punto de vista, quizás haya sido el primer paso para sacar imaginariamente a Buenos Aires de la pampa y poder ubicarla en París.

La invisibilización de la pampa no significa que haya desaparecido. Como sucede siempre con los humanos, no vemos lo que no queremos ver.

Florencio Escardó nos muestra cómo encontrar la pampa en la ciudad en 1945, cuando casi todos la creían un lejano recuerdo:

“Esa proximidad tremenda de la ciudad con la pampa es significativa y aleccionadora, y tal vez el rasgo más típico de Buenos Aires, ciudad de la llanura. Para alcanzarla le basta al habitante de Buenos Aires seguir la avenida Sáenz y antes de llegar al viejo puente Alsina, hoy el teatral y barroco puente Uriburu, doblar a su derecha, tomando la avenida Coronel Roca; a las diez cuadras de recorrerla el fenómeno es impresionante: van quedando atrás las casas modestas del arrabal neopompeyano y se viene sobre los ojos la pampa misma, típica, inmensa e intensa, virgen; sin sembrados, sin huellas; con bañados, con lagunas, con espadañas, con pasto y con horizontes; a la derecha se levanta el macizo de árboles del Cementerio de Flores y a lo lejos el perfil de la ciudad brumoso y humoso, y entre él y el observador los bañados de Pereyra, libres de toda mácula civilizadora, salvo alguno que otro horno de ladrillos, con ranchos y casas de adobe, con el Puesto del Carro, la Pulpería de la Banderita y una aguda sensación de orilla sin orillas, con pastos olorosos y viento libre, patos que vuelan bajo y una presencia de lejanía que cuesta asociar con la idea de que se está a media hora de la Plaza de Mayo. Los porteños no van nunca por allí, los turistas no se llegan jamás; sin embargo ese sitio dice más del significado geológico de Buenos Aires que todo el resto de la ciudad”¹⁷.

ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO TENÍAMOS HUMEDALES

Buenos Aires es el resultado del encuentro de la pampa con el río. El alto grado de artificialización nos hace ver en la ahora un borde nítido que diferencia ambos ecosistemas. Hay en la actualidad un espacio de transición, que es el área de la Reserva Ecológica Costanera Sur. Pero estamos habituados a pensar a Buenos Aires como una llanura predominantemente seca. Sin embargo, la ciudad fue fundada sobre un terreno con una amplia superficie de humedales, hoy desecados. Un humedal es un ecosistema intermedio entre los que son puramente acuáticos y los terrestres. Es una zona plana que se inunda periódicamente o que está siempre inundada, y que tiene una fauna y flora características.

No estamos hablando sólo de la zona baja del Riachuelo, la Boca y Barracas, sino también de su continuación en el bañado de Flores, un gran pantano de una enorme superficie. También teníamos los bañados de Palermo, que empezó a desecar Rosas, y una amplia zona que hoy

llamamos Bajo Belgrano, con características de humedal. Además de los humedales mayores, tendíamos unas cuantas lagunas y arroyos, que han sido tapados o canalizados, según los casos.

Estos humedales ayudan a explicar el desinterés inicial de los españoles por estas tierras. Un viajero colonial escribe al Rey de España que “son muy pocos los navíos que la han visto ni tienen necesidad de verle y la tierra es muy llena de pantanos, de suerte que aunque Ud. poblase aquello, no sería de efecto porque nadie acudiría allí. Hallé esta tierra muy pobre y desconsolada”¹⁸.

Estos humedales aparecían en los mapas de la ciudad y en los planos de las propiedades hasta que fueron desecados, algunos en realidad y otros en apariencia. Como dijimos, la mayor parte de los humedales de la Ciudad de Buenos Aires han sido tapados, primero con basuras y después con la ciudad misma. Pero esto no significa que hayan dejado de existir.

Un humedal no es un hueco en la tierra que después se llenó de agua. Un humedal es el resultado de una cierta dinámica hídrica, que tiene que ver con la topografía del lugar, las precipitaciones y las características del agua subterránea. Por este motivo, un humedal tapado es un sitio especialmente sensible a las variaciones del agua subterránea, ya que suelen estar alimentados por la primera napa (freática). En otras palabras, cuando se produce un ascenso de napas, las zonas más afectadas serán los viejos humedales aparentemente desaparecidos.¹⁹

La ocupación de estos bañados es resultado del proceso de industrialización. Multitud de fábricas emplearon agua subterránea en sus procesos productivos y devolvieron el agua utilizada a los cursos superficiales. Como resultado, el agua subterránea dejó de alimentar los humedales, los que se secaron. Sólo que no desaparecieron en forma definitiva sino sólo transitoria: esas tierras quedaron secas mientras las fábricas se ocupaban de mantener bajas las napas. La desaparición de gran parte de la industria incidió en que las napas recuperaran sus niveles históricos. Sólo que, en esas décadas, los bañados recibieron una importante cantidad de población, ahora afectada por el desborde de los acuíferos.

Una bellísima descripción de esos humedales la encontramos en la obra de Guillermo Enrique Hudson “*Allá lejos y hace tiempo*”:

“En primavera o verano frecuentábamos las lagunas o bañados. Tenían para mí un particular encanto puesto que allí abundaban las aves. Había cuatro de estas lagunas ubicadas en distintas direcciones. Ninguna estaba a más de una legua de casa. Eran pequeños laguitos de escasa profundidad que ocupaban una o dos hectáreas de superficie cada uno. Excepto el centro, el resto del bañado se hallaba cubierto por densos pajonales y juncos. Estos últimos se prestaban muy especialmente para nuestras exploraciones. Cuidando de que la cincha del caballo no tocara el agua nos internábamos entre aquellos tallos cilíndricos y oscuros, coronados por penachos de un brillante color castaño que se elevaban muy por encima de nuestras cabezas.

Había allí unas avecillas que construían primorosamente sus nidos a medio metro del agua, sujetándolos a uno, dos o tres juncos. Además podíamos encontrar en ese mismo lugar nidos de pájaros más grandes como el mirasol, la garza bruja, el cormorán, y, con menos frecuencia, hallábamos nidos de halcón. Estas aves suelen anidar en los árboles, pero en las pampas, donde escasean, debían conformarse con hacerlo en los juncos. Ocasionalmente -en primavera u otoño- visitaban nuestro monte grandes bandadas de varilleros. Se instalaban sobre alguno de nuestros árboles y cantaban en coro. Aquella maravillosa melodía parecía provenir de cientos de cascabeles agitándose a un tiempo. A orillas de la laguna encontré sus nidos. Trescientas o cuatrocientas aves los habían construido en el mismo sitio. Los nidos con sus huevos, las plantas que los sostenían y los solícitos pájaros purpúreos volando a mi alrededor componían un cuadro de encantadora belleza”²⁰.

LA BARRANCA ES SU ACCIDENTE GEOGRÁFICO MÁS SIGNIFICATIVO

La barranca del Río de la Plata es un ambiente particular que constituye el límite entre el pastizal pampeano y los bajos ribereños. La pendiente facilita que el agua de lluvia corra con rapidez y crea un ambiente con suelos un poco más secos que los de arriba y los de abajo. En esta zona tuvimos un bosque en el que predominaban los talas. Cuando imaginamos la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay, inmediatamente pensamos en el cuatro de Moreno Carbonero que lo muestra espada en mano, junto a un tronco que representa el rollo de la Justicia. Por el tipo de árboles disponibles en la zona, es probable que Garay haya utilizado un tala.

Antonio Rodríguez, conquistador de la armada de Mendoza, hecho jesuita pocos años después, cuenta que los tigres se comieron a los primeros seis hombres que saltaron de los navíos²¹. Me parece exagerado. Que había algunos jaguares, sin duda. Que eran abundantes, podemos dudarlo aunque los testimonios de la época lo afirmen, tal vez magnificados por el miedo. Esta desmesura refleja una concepción vigente durante la mayor parte de la época colonial, que es el temor generalizado a la naturaleza americana, vivida como excesiva por quienes sólo conocían los ecosistemas europeos, que habían sido antropizados por un esfuerzo de siglos.

Juan de Garay dice: “Los indios llaman isla a la tierra de Buenos Aires. Es muy galana costa y va corriendo una loma llena de campaña sobre la mar; por algunas partes pueden llegar carretas hasta el agua. Es tierra muy buena para sementeras; legua y media de la mar se acaba un ramo de carillena que baja de tierra adentro. Muestra grandes peñascos y en lo alto campiña y en la costa, en alguna parte, descubre pedazos de peñascos. Donde bate el agua y en aquellos peñascos, hay gran cantidad de lobos marinos. Aquella gente se abriga con mantas de pieles de unos animales que hay como liebres y de gatos monteses y hacen sus tiendas de cueros de venados”²².

Pero así como nos dicen que los animales de fauna se comieron a los primeros porteños, los porteños siguientes se desquitaban e incluyeron en su dieta a gran cantidad de animales de la fauna pampeana. En 1629 “tienen en abundancia toda clase de vituallas, como ser carne de vaca y ternera, de carnero y venado, liebres, conejos, gallinas, patos, gansos silvestres, perdices, palomas, tortugas y toda clase de aves silvestres, y tan baratas que se pueden comprar perdices a un penique la pieza y el resto en proporción”²³.

Y a principios del siglo XIX en el mercado de Buenos Aires “gran número de carretas transportan el pescado; a caballo se llevan los huevos y las aves en abundancia, la caza, que los cazadores de profesión traen del campo; así todo el año, y sobre todo en invierno, se ve tal cantidad de todas las especies de ánades, de tinamus o perdices, que asombra que sea posible comer en tal cantidad, así como pajaritos, tales como el chirrito militar; las limosas, aras patagonas, etcétera, van en bandadas que se pueden matar al vuelo. Figuran también toda clase de tatús, pero solamente en invierno, porque esos animales, lo mismo que los pájaros, se alejan o desaparecen de los alrededores de Buenos Aires, a medida que la población conquista los desiertos”²⁴.

La opuesta, es decir, la presencia de los habitantes del desierto en la ciudad, también ocurre. “Las gigantescas mangas de langostas que periódicamente se abatían sobre los campos argentinos causando terribles pérdidas, también llegaban a veces a penetrar en la ciudad de Buenos Aires”²⁵.

CORTÁZAR TESTIMONIA UNA MANGA DE LANGOSTAS

Julio Cortázar describe los sentimientos y las actividades asociados a la presencia de una gran manga de langostas en una zona rural. Escenas semejantes se repitieron en el periurbano de la Ciudad de Buenos Aires y en campos que hoy pertenecen a la ciudad. Las langostas, lo mismo que los buques ingleses, se combaten de a caballo. “*ya que de animales fascistas se trata, me vuelvo*

a mis mocedades para acordarme de las invasiones de langostas. Como buen porteño, apenas podía creer que hombres a caballo arrearan las langostas como si fueran ovejas entre una doble barrera de hojalata que defendía los campos sembrados, hasta hacerlas caer en enormes pozos previamente cavados al término de los callejones, y que esos pozos se llenaran hasta el borde con millones de langostas que los peones rociaban al final con gasolina y que al quemarse se vengaban con un humo nauseabundo, interminable”.

LA DINÁMICA DEL AVANCE DE COSTAS

La costa porteña no es estable, sino que varía con transcurso del tiempo. Sobre la relación entre la ciudad y el río, dice Florencio Escardó:

"Físicamente Buenos Aires, la ciudad de la Pampa, coexiste con ella sin penetrarla. Pero la llanura penetra a la ciudad y está presente en la urbe continua y persistente. Dos inmensidades la flanquean: la Pampa y el Río de la Plata: ambas demasías contribuyen a ubicar la ciudad y a desubicar a quien la contemple. El de la Plata no es un río errante, es un río constructor, que construye con barro. El río arrastra frente a Buenos Aires el limo de media América del Sur, y va construyendo bancos, islas, deltas, y más pampa. La emoción del Río de la Plata frente a Buenos Aires no es sabor para cualquier paladar, ni vibración para cualquier cuerda; se trata de una realidad inusitada para la que es preciso hacer adquirido cierto entrenamiento emocional."²⁶

El Río de la Plata se forma con la confluencia del Paraná y del Uruguay. El primero transporta el limo rojizo del Bermejo que tiñe las aguas y le da su característico “color de león”. El Paraná pierde velocidad en su tramo final, y las partículas que mantenía en suspensión, precipitan, como en un decantador. Esto se ve acelerado por el régimen de mareas del Río de la Plata, que hace que el agua cambie de dirección cuatro veces al día (dos pleamares y dos bajamares). Este fenómeno físico es la causa de la formación del Delta del Paraná y del proceso de sedimentación que modifica continuamente la costa de la Ciudad de Buenos Aires.

El proceso comienza cuando el fondo del Río se eleva hasta aproximarse a la superficie del agua. En esa instancia aparecen los juncuales. Cada uno de los juncos recibe la presión de la corriente cargada de sedimentos y actúa como un obstáculo que ayuda a retener lo que será el suelo de una isla en formación. Luego los limos siguen decantando, surgiendo aptitudes para otras especies vegetales (El sauce y el ceibo primero. Y, cuando ya se ha formado una nueva isla, el laurel-miní, el laurel blanco, el timbó, etc.). La masa de limo se consolida, y el Delta incorpora una nueva isla que será cada vez más elevada por la incorporación de sedimento vegetal.

El que haya poca literatura referida al Plata no significa que no haya ninguna. Veamos cómo describe José Mármol la amplitud de las playas generadas por la continua sedimentación del estuario:

“Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires. La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una fresca brisa del sur empezaba a dar anuncio de los próximos fríos del invierno. Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el "bajo" en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar a la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la

*rada interior. La ciudad, a dos o tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubrementemente aquel centro de soledad y de tristeza*²⁷.

Lo cierto es que el Delta avanza a una velocidad muy elevada, en términos geológicos. Avanza tan rápido que se atribuye al naturalista Hermann Burmeister pensar en 1867 que en un siglo “dejaría de ser río para convertirse en una plataforma de tierra firme que llegaría hasta Montevideo”²⁸. No hemos encontrado la cita original, pero pensamos que tal vez se trate de una mala interpretación, ya que es difícil que Burmeister cometiera un error de esa magnitud. Dicha plataforma de tierra es materialmente imposible

El que aquí tengamos un delta aguas arriba de la desembocadura del Plata nos indica que lo que llamamos Río de la Plata es, en realidad, un brazo de mar. Su viejo nombre de Mar Dulce es Bastante representativo de la realidad.

Se calcula que la velocidad de avance de la formación de islas del Delta del Río de la Plata es entre 70 y 100 m por año. Esta velocidad no es constante sino que va acelerándose debido al proceso erosivo en muchos de los afluentes del Río de la Plata, particularmente en la cuenca del Río Bermejo.

La película “Río Arriba”, dirigida por Ulises de la Orden²⁹ muestra el deterioro de las terrazas indígenas de cultivo en Iruya, Salta, debido a que sus pobladores fueron arrastrados por la fuerza a trabajar como esclavos en los ingenios azucareros, a principios del siglo XX. Las terrazas quedaron abandonadas y el suelo descubierto sujeto a violentos procesos de erosión. Allí son frecuentes los aluviones, que los lugareños llaman “volcanes”.

Desde sitios tan lejanos se originan los sedimentos que dan color e islas al Río de la Plata. Con esto queremos decir que el ambiente local siempre tiene complejas relaciones con otros ambientes, a menudo muy distantes.

Sin embargo, el Delta no es un objeto sólido, que avance del mismo modo que un tren. Los sedimentos que lo integran se mueven a velocidades diferentes. Por ejemplo, podemos tomar el mapa que hizo Martín de Moussy en 1871 y ver allí la desembocadura del río Luján en el Plata³⁰.

LA SEDIMENTACIÓN GENERA UNA CIUDAD QUE AVANZA CONTINUAMENTE SOBRE EL RÍO.

El proceso de sedimentación de la Ciudad sobre el río tiene, en nuestra opinión, aspectos comparables al que generó la expansión de la Ciudad Baja de Lisboa entre fines de la Edad Media y principios del Renacimiento. En Lisboa, la reconstrucción efectuada por el Marqués de Pombal con posterioridad al terremoto e incendio de 1755, generó un espacio de estilo unificado en la zona de origen sedimentario que media entre las actuales Plaza del Rossío y Plaza del Comercio.

La diferencia sustancial es que Lisboa consolidó su costa y Buenos Aires optó por una costa móvil. En Buenos Aires, sucesivos fenómenos de sedimentación generaron diferentes tipologías de utilización de esos nuevos espacios urbanizables. En cada etapa histórica se definieron nuevas formas de utilización de los terrenos bajos, de acuerdo con las concepciones urbanísticas y arquitectónicas del momento. Con una amplia gama de diferencias morfológicas, el punto en común de muchas de las intervenciones fue el considerar el límite ente la Ciudad y el Río de la Plata como un espacio no definitivo, sino en proceso de continuo cambio.

La ideología predominante al respecto era, durante la última parte del siglo XIX y todo el siglo XX, fue la de “ganar terreno al río”. Es decir, pensar el crecimiento de la Ciudad, no sólo sobre sus territorios de borde en tierra, sino también sobre el Río de la Plata.

Las particulares condiciones naturales de sedimentación continua del estuario facilitaron estas conductas. El resultado ha sido una tipología constructiva característica de Buenos Aires, donde pueden encontrarse diferentes estratos históricos, representativos de las concepciones de cada período. A diferencia de las zonas arqueológicas, en las que los estratos son verticales (los nuevos encima de los viejos), en Buenos Aires se trata de estratos horizontales, donde los más antiguos están sobre el borde histórico de la barranca del río y los más nuevos están cerca del borde actual del agua.

Durante todo el siglo XX, la ideología porteña en relación con el Río de la Plata fue la de “ganarle terreno”. Como si fuera una frontera, innumerables proyectos continuaron la idea de los diques de Puerto Madero, de edificar sobre terrenos que antes habían sido húmedos. Había una razón económica y un incentivo natural.

Por una parte, los terrenos con vista al río podían llegar a ser los más valiosos para la especulación inmobiliaria. Y, desde el punto de vista natural, el formidable proceso de sedimentación del Río de la Plata está continuamente ampliando las playas y cegando los canales de navegación. Un manejo irresponsable de la costa, más el aumento de la erosión en toda la cuenca, acentuaron esa sedimentación.

Parecía una buena idea, entonces, completarla artificialmente y, detrás de eso, ponerle edificios y venderlos. Buenos Aires pasa a ser una de las pocas ciudades del mundo con una costa móvil. Le Corbusier la había calificado erróneamente como “*la ciudad de espaldas al río*”, porque tenía en la cabeza la imagen de una costanera tradicional. En realidad, su relación con el río es mucho más compleja, ya que el río ha sido su área de expansión³¹.

LOS ARROYOS DE BUENOS AIRES

LA INUNDACIÓN EN LA OBRA DE ROBERTO ARLT SE REFLEJA EN LOS CUADROS DE QUINQUELA MARTÍN

"A cuarenta, ida y vuelta, hasta el puente. A cuarenta, ida y vuelta. (Dice Roberto Arlt)

"En Almirante Brown y Brasil subimos a una chata. Son las 5 de la tarde. La oscuridad rayada de agua lenta amenaza más aguaceros. Entre las tablas de la chata se aprieta una multitud oscura. Avanzamos lentamente.

"La Boca se ha transformado en una ciudad muerta y gris.

"Hileras de fachadas desiertas de gente, con ventanas inciertas, con balcones vacíos, con puertas de comercio en cuyos tableros el agua mansa ondula muescas aceitadas.

"-Vea el agua adentro de ese negocio.

"Una mano señala una vidriera a través de cuyo cristal una sábana azulada se extiende quieta de muro a muro. Luego silencio. Vacío. Únicamente el viento que sacude el follaje. De tanto en tanto un hombre con un pantalón arrollado en los muslos, un bulto entre los brazos, cruza fantasmal la sábana de agua.

"En las calles transversales a Almirante Brown, la superficie de agua llega hasta los apoyamanos de las hileras de las ventanas.

"Ni una sola luz tras de los vidrios. Todas las puertas cerradas, como si la ciudad hubiera sido sorprendida por el terror. Hay callejones cavernosos, abismales, oscuramente nítidos sobre su inmóvil calzada de cristal. En algunos cruces de calle, bultos rectangulares de carruajes abandonados.

¿HORRIBLES AIRES?

Distintos observadores coinciden o discrepan con la forma en que Julio Cortázar solía fechar sus cartas. Un viajero de la época colonial describe el clima local de esta manera: “El aire es bastante templado, muy semejante al de Andalucía, pero no tan caliente: las lluvias caen casi con tanta frecuencia en el verano como en el invierno, y la lluvia en los tiempos de bochorno frecuentemente produce diversas clases de sapos, que son muy comunes en estos países, pero no ponzoñosos”³².

“Suelen acompañar a las lluvias truenos terribles que espantan a los no acostumbrados.

“Corren vientos violentísimos que llaman pamperos (...); vientos de la Cordillera (...), degeneran en verdaderos huracanes, y si corren por el Río de la Plata no hay a veces embarcación que los aguante”³³. Sin embargo, esos vientos parecían tener su lado bueno: “La blancura de los edificios públicos se conserva y acentúa por la frecuencia de un viento llamado pampero, al cual se le considera como un excelente blanqueador”³⁴.

Félix de Azara, a fines del siglo XVIII, discrepa con la afirmación popular que dice con certeza que “lo que mata es la humedad”: En todo caso, lo que sí mata son los cambios de tiempo, y no por resfríos sino por puñaladas: “Se ha notado que en los días que preceden a los cambios de tiempo, los gauchos se sienten más dispuestos a sus sanguinarias disputas; se ha comprobado que el número de asesinatos es entonces más considerable”³⁵.

En cuanto a las lluvias y tormentas eléctricas, Azara advierte sus riesgos pero exagera que: “En todas aquellas partes llueve en gotas más gordas y espesas que en Europa, y la cantidad anual de agua llovediza creo que es muy notablemente mayor que en España. En todas las estaciones y más en verano, suele llover con muchos relámpagos, a veces tan continuos que apenas hay intervalo de unos a otros, y parece que esta el cielo ardiendo. La mayor abundancia de tempestades, relámpagos, de truenos, de rayos y de aguas pluviales, no puede atribuirse a las serranías que distan centenares de leguas. Tampoco puede ocasionarla la influencia de los bosques. Es pues preciso conjeturar que aquella atmósfera tiene más electricidad, o que posee una cualidad que condensa más vapores y que los precipita más prontamente causando los meteoros citados”³⁶.

La nieve es excepcional y, por eso mismo, está asociada a sensaciones de deslumbramiento, como este testimonio de José González Carbalho de la nevada del 22 de junio de 1918:

“El frío más intenso y las calles más solas. Eran las nueve de la noche. Al regreso, me esperaba el purísimo alfombrado de las calles, el deslumbramiento de ese blancor derramado sobre todas las cosas. Caminé por la avenida hasta la Plaza de Mayo y allí me sentí de pronto en una ciudad distante, en alguna de esas villas predilectas de las viejas litografías. Los árboles desnudos tenían en sus ramas oscuras la flor del alba de la nieve. Habían florecido, como los almendros en la estación propicia. No se veían caminos enarenados ni recuadros con césped. La plaza era una pequeña estepa y los altos edificios que la rodeaban mostraban sus pardos frentes ribeteados por un festón luminoso, formado por la nieve depositada en las cornisas. Me imaginé turista por una ciudad nórdica, viendo a los transeúntes que se detenían a crear figuras grotescas. El clásico oso, de la altura de un ser humano, se levantaba cerca de la pirámide, mirando hacia el oeste. Y hasta se veía en el aire volar los bolos en las improvisadas guerrillas entre grandes y chicos. Todo el Buenos Aires que salía de teatros y cinematógrafos vivió ese instante de inesperada albura que hoy recordamos en su valor histórico. Aceleré el paso hacia mi casa, imaginando el primer cigarrillo, porque el aliento se volvía corpóreo en el aire, como las volutas del humo. El hecho me reconfortó del frío penetrante y dormí unas horas como un bendito. No sé en qué momento me desperté, y a través de la cortina que velaba el cristal de la puerta que daba al patio alcancé a divisar el aljibe, las plantas, bajo el encantamiento de la nevada. En el olvido del sueño habíase borrado el recuerdo de la noche y volví a maravillarme. Tanto que me levanté, acercándome a la puerta. Y vi lo que ningún otro recuerdo podía superar en magia. El patio era un país de fábula todo inundado de lunares resplandores. No sólo las baldosas del patio, las plantas en sus macetas, y el arco del aljibe eran blancos; también el aire y el cielo mismo, en lo que alcancé a contemplar, pertenecían a una noche antártica. La casa entera dormía, y hubiese querido gritarles para que se asomasen, como yo, a observar el

milagro³⁷.

-
- ¹ Abós, Álvaro: “*El libro de Buenos Aires, crónicas de cinco siglos*”, Buenos Aires, Mondadori, 2000.
- ² Cit. en Gandía, Enrique de: “*Historia de la Boca del Riachuelo*”, Buenos Aires, Ateneo Popuar de La Boca, 1939, reedición de 2006, al cuidado de Francisco Javier de Amorrortu.
- ³ Díaz de Guzmán, Ruy: “*La Argentina*”, edición a cargo de Enrique de Gandía, Buenos Aires, Dastin, 2000.
- ⁴ Gandía, Enrique de: “*Historia de la Boca del Riachuelo*”, Buenos Aires, op. cit.
- ⁵ Del Barco Centenera, Martín. “*La Argentina o la conquista del Río de la Plata*”. Lisboa. 1602.
- ⁶ Saer, Juan José: “*El río sin orillas. Tratado imaginario*”, Madrid, Alianza Ediorial, 1991, cit. en: Campra, Rosalba : “El río teje su historia”, en: [Centre de recherches interuniversitaire sur les champs culturels en Amérique Latine](#), Presses Sorbonne Nouvelle, 2003.
- ⁷ Arata, Pedro N.: “*El clima y las condiciones higiénicas*”, en: “Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires”, Buenos Aires. Comisión Directiva del Censo, Francisco Latzina, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1889.
- ⁸ “*Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres Cayetano Cattáneo y C. Gervasoni*”, estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- ⁹ [Fernández de Navarrete](#), Martín: “*Diccionario marítimo español: que además de las definiciones de las voces con sus equivalentes en frances, inglés e italiano, contiene tres vocabularios de estos idiomas con las correspondencias castellanas*”, Imprenta Real, Madrid, 1831.
- ¹⁰ Mujica Láinez, Manuel: “*El pastor del río*”, en: “*Misteriosa Buenos Aires*”, Seix Barral, 1951.
- ¹¹ Wilde, José Antonio: “*Buenos Aires desde 70 años atrás*”, Buenos Aires, Eudeba, 1961.
- ¹² Cit. en: Fernández, María Cristina: “*Protagonismo de Martín Guemes en las Invasiones Inglesas*, en *Boletín Güemesianos* N° 88, agosto de 2007.
- ¹³ D’Orbigny, Alcides: “*Viaje a la América Meridional*”. Buenos Aires. Editorial Futuro. 4 tomos. 1945.
- ¹⁴ *Visitas de campo del autor*, 1994.
- ¹⁵ Bernard, Carmen: “*Historia de Buenos Aires*”, op. cit.
- ¹⁶ Sarmiento, Domingo Faustino: “*Facundo o Civilización y Barbarie en las Pampas Argentinas*”, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- ¹⁷ Escardó, Florencio: “*Geografía de Buenos Aires*”, Buenos Aires, Eudeba, 1966.
- ¹⁸ Rodríguez de Valdez y de la Vanda, Diego, 1593, cit. en: Silvestri, Graciela: “*Obras, proyectos y representaciones en el Río de la Plata*”, en: Juan Manuel Borthagaray (comp.): “*El Río de la Plata como territorio*”, Buenos Aires.
- ¹⁹ Geólogo Díaz, Fernando Máximo, comunicación personal, 2005.
- ²⁰ Hudson, William Henry: “*Allá lejos y hace tiempo*”, Gente Nueva, Instituto Cubano del Libro, 1973.
- ²¹ Zabala, Rómulo y Gandía, Enrique de: “*Historia de la Ciudad de Buenos Aires*”, op. cit.
- ²² Garay, Juan de, cit. en Abós, Álvaro: “*El libro de Buenos Aires, crónicas de cinco siglos*”, op. cit.
- ²³ Du Biscay, Acarette; “*Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América*”, 1658, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- ²⁴ D’Orbigny, Alcides: “*Viaje a la América Meridional*”, op. cit.
- ²⁵ Molinari, Ricardo Luis: “*Buenos Aires, 4 siglos*”, TIP editora argentina, 1980.

-
- ²⁶ Escardó, Florencio: “*Geografía de Buenos Aires*”, op. cit.
- ²⁷ Mármol, José: “*Amalia*”; Segunda edición, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1855.
- ²⁸ La cita de Burmeister, tomada de un texto de 1867, está en Rusconi, Carlos: “*Investigaciones arqueológicas al sur de Villa Lugano*”, cit. en: Silvestri, Graciela: “*El color del río*”, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- ²⁹ “*Río arriba*” (2004) Dirección: **Ulises de la Orden**. Guión: **Paz Encina, Germán Cantore, Miguel Pérez y Ulises de la Orden**.
- ³⁰ Martin de Moussy, V.: “*Carte des provinces d’Entre Ríos, de Santa-Fe et de la Bande Orientale*», Gravé par L. Kautz, Paris, Imp. Lemercier, 1865.
- ³¹ “*Buenos Aires, un paisaje cultural excepcional*”. Dirección General de Patrimonio, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2004 (edición electrónica) y 2006, edición impresa.
- ³² Du Biscay, Acarette; “*Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América*”, op. cit.
- ³³ Haenke, Tadeo: “*Viaje por el Virreinato del Rio de la Plata*”, op. cit.
- ³⁴ Vidal, Emeric Essex, cit. en: Abós, Álvaro: “*El libro de Buenos Aires, crónicas de cinco siglos*”, op. cit.
- ³⁵ D’Orbigny, Alcides: “*Viaje a la América Meridional*”, op. cit.
- ³⁶ Azara, Félix de: “*Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*”, op. cit.
- ³⁷ González Carbalho, José: “*Estampas de Buenos Aires*”, Buenos Aires. CEAL, 1971.